

EL BELLO VERANO

Cesare Pavese



La bella estate

Einaudi

CAPÍTULO PRIMERO

EN aquellos tiempos siempre era fiesta¹. Bastaba salir de casa y atravesar la calle para volvernos locas, y todo era tan bonito, especialmente de noche, cuando al regresar, muertas de cansancio, esperábamos que aún sucediese algo, que estallase un incendio, que naciera un niño, o quizá que llegara el día antes de lo debido para que la gente pudiera salir a la calle y continuar andando, andando hacia los prados, hasta más allá de las colinas.

—Sois sanas, jóvenes, unas muchachas —decían—, se nota que no tenéis preocupaciones.

Incluso, una de ellas, aquella Tina que había salido coja del hospital y no tenía qué comer en casa, reía, como las demás, por nada. Una noche, trotando tras las otras se detuvo y se echó a llorar porque decía que dormir era una estupidez y robaba tiempo y alegría.

Pero Ginia, si le atacaban crisis parecidas, no lo demostraba. Acompañaba a casa a las otras y hablaban, hablaban hasta que no sabían qué decir. Llegaba, por fin, el momento de separarse; hacía ya un buen rato que se habían quedado solas, y Ginia volvía a casa tranquila, sin echar de menos la compañía. Las noches más bonitas, desde luego, eran las del sábado,

¹ Son característicos de Pavese estos comienzos de narración en que se hace referencia a un pasado indefinido. Véanse, en la *Introducción*, los párrafos dedicados al tiempo narrativo.

cuando iban a bailar, porque al día siguiente podían dormir cuanto quisieran. Pero ni eso era necesario y algunas mañanas, Ginia salía de casa para dirigirse al trabajo, feliz y contenta de aquel trozo de calle que la esperaba antes de llegar. Las otras decían: «Si vuelvo tarde por la noche luego tengo sueño, y, además, me riñen.» Pero Ginia no estaba nunca cansada y su hermano, que trabajaba de noche, la veía sólo a la hora de la cena porque durante el día dormía. Al mediodía (Severino daba una vuelta en la cama cuando ella llegaba del trabajo) Ginia preparaba la mesa y comía con hambre, masticando despacio, escuchando los ruidos de la casa. El tiempo pasaba lento, como sucede en las casas vacías y así ella tenía tiempo de lavar los platos que la esperaban en el fregadero y de limpiar un poco; después se tumbaba en el sofá bajo la ventana y se adormecía mecida por el tictac del despertador que le llegaba desde la otra habitación. Alguna vez cerraba las contraventanas para estar más a oscuras y sentirse más sola; al fin y al cabo, Rosa, a las tres, al bajar, arañaría la puerta despacio para no despertar a Severino, hasta que ella respondiera. Entonces salían juntas y se separaban al llegar al tranvía.

De común, Ginia y Rosa no tenían más que aquellos metros de calle y una estrella de perlitas en el cabello, pero una vez que pasaban ante un escaparate dijo Rosa: «Parecemos hermanas.» Ginia entonces se dio cuenta de que aquella estrella era ordinaria y comprendió que era mejor llevar un sombrerito si no quería parecer una obrera como Rosa. Tanto más que su amiga, sujeta a un padre y a una madre, no se hubiera podido comprar un sombrero hasta quien sabe cuándo.

Si no era tarde cuando Rosa pasaba a despertarla, entraba y ayudaba a Ginia a poner un poco de orden, riéndose en voz baja de Severino, quien, como todos

los hombres, no sabía lo que significa llevar una casa. Rosa lo llamaba «tu marido» para continuar la broma pero, a veces, Ginia se enfadaba y rebatía que tener todos los inconvenientes de una casa pero no el hombre, no era muy divertido. Bromeaba Ginia —porque su gusto era estar sola en casa a aquella hora, como si fuera la dueña—, pero era necesario decir a Rosa, de vez en cuando, que ya no eran niñas. Ni siquiera sabía ir por la calle y hablaba, reía, se volvía mil veces. Ginia la hubiera pegado, pero cuando iban juntas a bailar Rosa era muy necesaria porque trataba a todos de tú, y con sus locuras demostraba que Ginia era más fina. En aquel año tan bonito, cuando empezaron a vivir, Ginia se dio cuenta de que su diferencia de las otras consistía también en que ella estaba sola en casa —Severino no contaba— y que podía, a los dieciséis años, vivir como una mujer de más edad. Mientras llevó la estrella en los cabellos se dejó acompañar por Rosa, que la divertía. No había otra tan tonta en el barrio como Rosa cuando quería. Desarmaba a cualquiera riendo y mirándolo y, durante tardes enteras, todo lo que hacía o decía era pura comedia. Reñía como un gallo. —¿Qué te pasa, Rosa? —le preguntaban mientras esperaban que empezase la orquesta. —Miedo (y le salían los ojos de las órbitas); he visto un viejo que me mira, me espera afuera y tengo miedo—. El otro no la creía. —Será tu abuelo. —¡Estúpido! —Anda, vamos a bailar, tonta. —No, porque tengo miedo—. A mitad del baile, Ginia oía gritar al otro: —¡Eres una mal educada, una bruja! ¡Escóndete, vuelve a la fábrica!— Entonces Rosa se echaba a reír y hacía también reír a los demás, mientras Ginia, bailando, pensaba que es la fábrica la que obliga a una chica a ser así; era suficiente ver a los mecánicos, que empezaban con bromas como éstas cuando querían conocer a una de ellas.

Si entre los del grupo había algún mecánico², se podía estar segura de que antes de medianoche una de las chicas acabaría enfadándose y hasta lloraría. Bromeaban como Rosa, querían siempre llevarlas al prado. No se podía hablar con ellos y había que estar a la defensiva, pero en cambio, algunas noches cantaban, y cantaban bien, especialmente Ferruccio con su guitarra, uno alto, rubio, que estaba siempre sin trabajo, pero que aún tenía los dedos negros y quemados de grasa. Parecía imposible que aquellas manos tan gruesas fueran tan ágiles y Ginia, que se las sintió una noche bajo las axilas cuando volvían todos juntos de la colina, procuraba no mirarlas, sobre todo cuando tocaba la guitarra. Rosa le dijo un día que Ferruccio había preguntado por ella dos o tres veces y Ginia le contestó: —Dile que antes vaya a la manicura—. Esperaba que al primer encuentro Ferruccio se echara a reír, pero ni siquiera la miró.

Llegó el día en que Ginia salió del taller ajustándose el sombrero con las dos manos y se encontró en el portal a Rosa. —¿Qué te pasa? —Me he escapado de la fábrica—. Fueron juntas por la acera hasta la parada del tranvía, Rosa no hablaba y Ginia, molesta, no sabía qué decir. Fue al bajar del tranvía, cerca de casa, cuando Rosa, balbuceando, le dijo despacio que tenía miedo de estar encinta. Ginia la llamó estúpida y riñeron en la esquina. Luego todo pasó porque la otra se hallaba en aquel estado a causa del susto y, Ginia, en cambio, se había excitado más. Le parecía haber sido engañada, dejada aparte como una niña mientras los otros se divertían, sobre todo engañada por

² La acción de la novela se sitúa en la industriosa ciudad de Turín, sede de la Fiat. Esa circunstancia y los ambientes que frecuentan estas jóvenes parecen suficientes para explicar tal presencia de mecánicos en estas páginas.

Rosa, que ni siquiera tenía ambición: «Yo valgo más», se decía Ginia. «A los dieciséis años aún es pronto, peor para ella si quiere perderse.» Decía eso porque se sentía humillada y por la idea de que las otras, a la chita callando, hubieran pasado por el prado mientras ella, que vivía sola, apenas una mano de hombre la rozaba sentía los latidos del corazón más fuertes que nunca. Eso le daba rabia. —¿Por qué me lo viste a decir aquel día? —pregunto otra tarde a Rosa. —¿Y a quién querías que se lo dijera? ¡Estaba apañada! —Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? —Rosa, que ahora estaba más tranquila y se reía, cambió el paso: —Porque si no se dice es mejor, trae mala suerte hablar de ello—. Ginia pensaba: «Es una estúpida; ahora se ríe, pero antes quería matarse. Lo que pasa es que aún no es una verdadera mujer.» Pero aunque fuera y viniera sola por la calle, pensaba que todas somos jóvenes y que convendría tener cuanto antes veinte años para saber cómo comportarse.

Durante toda una noche entera Ginia no perdió de vista al enamorado de Rosa. Se llamaba Pino, nariz torcida, pequeño, lo único que sabía hacer era jugar al billar, no hacía otra cosa y hablaba por un ángulo de la boca. Ginia no comprendía por qué Rosa iba aún al cine con él cuando le había demostrado lo cobarde que era. No podía olvidar aquel domingo que habían ido juntos en barca³ y había visto la espalda de Pino, tan llena de pecas, que parecía oxidada. Ahora que sabía todo, recordaba que Rosa había ido con él y desaparecido por entre las matas, ¡qué estúpida había sido no comprendiéndolo entonces! Pero más estúpida aún Rosa y se lo dijo una vez más en la puerta del cine.

¡Y pensar que habían ido tantas veces en barca y bromeaban y se burlaban de las otras parejas! Ginia,

³ Se entiende que por el río Po, que atraviesa la ciudad de Turín.

mirando a los otros, no se había fijado en Rosa y en Pino. Bajo el calor del mediodía se habían quedado solas, ella y Tina, la coja. Los otros, incluida Rosa, habían saltado a la orilla y se les oía reír y gritar. Tina, que llevaba falda y blusa, dijo: —Si no viene nadie me desnudo y me pongo a tomar el sol—. Ginia le dijo que ella vigilaría y, mientras, tendía la oreja a las voces y al silencio de la orilla, Tina se había extendido bajo el sol con una toalla alrededor de la cintura. Entonces Ginia saltó a la hierba y dio algunos pasos con los pies desnudos. No se oía siquiera la voz de Amelia, que había arrastrado consigo a todos los demás. Ginia, tonta, imaginando que jugaban al escondite, no los buscó y volvió a subir a la barca.

CAPÍTULO II

DE Amelia, al menos, se sabía que hacía otra clase de vida. Su hermano era mecánico y en las noches de aquel verano ella aparecía de vez en cuando; aunque no daba confianza a ninguno, tenía diecinueve o veinte años y reía con todos. A Ginia le hubiera gustado tener su estatura, pensaba que con las piernas de Amelia las medias finas estaban muy bien. De todos modos, en traje de baño las caderas eran prominentes y en conjunto parecía un caballo. —No trabajo —le dijo un día a Ginia cuando ésta le admiraba un vestido—, así que tengo todo el tiempo que quiero para estudiar un modelo. He aprendido a cortar cuando trabajaba como tú, en un taller. ¿Tú sabes cortar? —Ginia pensó que lo mejor era que le hicieran el vestido, pero no se lo dijo. Dieron juntas unas vueltas y luego la acompañó hasta su casa porque no tenía sueño ni ganas de irse a dormir.

Había llovido y el asfalto y las plantas estaban mojados; se sentía el fresco en las mejillas.

—¿Te gusta ir de paseo? —le preguntaba Amelia riendo. —¿Qué dice tu hermano Severino? —Severino a esta hora está trabajando. Enciende y vigila los faroles. —Entonces, ¿es tu hermano quien ilumina a las parejas? ¿Y cómo va vestido? ¿De gasista? —No, mujer —respondió Ginia riendo—, está al cuidado de los interruptores de la central. Se pasa la noche ante una máquina. —¿Vivís solos? ¿No te sermonea?

Amelia hablaba y hablaba con la alegría de quien conoce a todos. Ginia la trataba de tú. —¿Hace mucho que no trabajas? —Tengo un trabajo: me pintan.

Ginia creyó, por el tono de voz de la otra, que le tomaba el pelo. —Pintar, ¿cómo?

—De perfil, de cara, vestida, desnuda. En una palabra: soy modelo.

Ginia la escuchaba fingiendo estupor para que así la otra hablara, pero sabía muy bien lo que quería decir. Sabía perfectamente que Amelia no le había dicho nada a nadie, y por eso se extrañó un poco de que se lo confesara, pero Rosa había descubierto un día aquel secreto. Se lo había dicho la portera.

—¿De verás vas al estudio de un pintor?

—Iba —contestó Amelia—. Pero en verano les gusta pintar al aire libre. Cuesta menos, y como en invierno hace demasiado frío para posar desnudas, resulta que no trabajo casi nunca.

—¿Te desnudabas?

—¡Claro!

Tomó a Ginia por el brazo y le dijo: —Como trabajo, es bonito porque no haces nada y oyes todo lo que dicen. Antes iba a uno que tenía un estudio magnífico y la gente que acudía tomaba el té. Se aprende a estar en el mundo con ellos mejor que en el cine.

—¿Entraban mientras posabas?

—Pedían permiso. Lo mejor de todo son las mujeres. ¿Sabías que también las mujeres pintan cuadros? ¡Mira que pagar a una chica por copiarla desnuda! ¿Por qué no se pondrán ellas ante un espejo? Lo comprendería mejor si se tratara de copiar a un hombre.

—A lo mejor lo hacen —comentó Ginia.

—No digo que no —dijo Amelia deteniéndose ante el portal y guiñando un ojo—. Algunas modelos cobran el doble. En fin, que lo bueno del mundo es que hay de todo.

Ginia le dijo que fuera a su casa alguna vez y se volvió sola caminando por entre los reflejos del asfalto que la tibieza de la noche casi había secado. «Tan vieja como es —murmuró para sí— y no tiene escrúpulo en contar sus cosas. ¡Si yo llevara esa vida sería más astuta!»

Sufrió una desilusión cuando vio que pasaban los días y Amelia no iba a visitarla. Pensó entonces que aquella noche no había intentado hacer amistad alguna con ella. «¿Quiere decir eso que cuenta sus imitidades a la primera que encuentra? Me parece una tontería. Quizá me toma por una niña de esas que se lo creen todo.»

Y así, Ginia contó a sus amigas de una noche que había visto en una tienda cierto cuadro en el que se veía claramente que la modelo era Amelia. La creyeron todas, pero intentó decir que la había reconocido por la forma del cuerpo porque cuando la modelo posa desnuda, los pintores le cambian la cara a propósito. —¡Figúrate! —se echó a reír Rosa. —¡Figúrate si tienen esos miramientos! —Todas le tomaron el pelo por su ingenuidad: —Bien contenta estaría yo —añadió Clara— si un pintor me hiciera un retrato y encima me pagara. —Discutieron sobre si Amelia era o no guapa, y el hermano de Clara, que había ido en la barca con ellas, dijo que él, desnudo, estaba mejor que

Amelia. Se echaron todas a reír, y aunque nadie la escuchó, dijo Ginia: —Si no estuviera bien hecha no la tomarían como modelo—. Aquella noche la humillaron y estuvo a punto de llorar de rabia, pero los días pasaron y la vez que, por fin, encontró de nuevo a Amelia —al bajar del tranvía— fueron juntas charlando. Ginia se dio cuenta de que iba incluso más elegante que ella, pues Amelia llevaba el sombrero en la mano y reía enseñando los dientes.

Volvió a la tarde siguiente. Apareció acalorada y se plantó ante el umbral de la puerta abierta. Ginia la vio desde su oscuridad sin que la otra la viera a ella. Se hicieron fiestas y, una vez abiertas las contraventanas, Amelia miró a su alrededor mientras se hacía aire con el sombrero. —La idea de la puerta me gusta —comentó—, tienes suerte. En casa no podemos dejarla abierta porque vivimos en una planta baja—. Miró la otra habitación en la que dormía Severino.

—Mi casa es una feria. Somos cinco para dos habitaciones, sin contar los gatos.

Cuando fue la hora salieron juntas y Ginia le dijo: —Cuando te canses de tu planta baja ven a mi casa, aquí siempre se está en paz—. Quería con ello demostrar a Amelia, no que hablaba mal de los suyos, sino que estaba contenta de que se hubieran comprendido. Sin decir sí o no, Amelia la invitó a un café antes de subir al tranvía. Ni al día siguiente ni al otro se dejó caer por casa de Ginia. Fue, en cambio, cierta noche, apareció sin sombrero y se sentó en el sofá mientras, riendo, pedía un cigarrillo. Ginia acababa de fregar los platos y Severino se estaba afeitando. Él le dio el cigarrillo y se lo encendió con los dedos mojados. Bromearon todos acerca de los faroles. Severino tenía que marcharse, pero antes recomendó a su hermana que no se pasara la noche en blanco. Amelia lo vio alejarse divertida.